

El Carbonero.

A dos millas al noreste de la isla Grosa, en Murcia, hay un pecio conocido por el sobrenombre de *El Carbonero*.

Está clavado en un fondo arenoso, en posición de navegación y a unos cuarenta metros de profundidad. Aquí permanece desde que fuera hundido en la Primera Guerra Mundial, probablemente torpedeado por un submarino alemán cerca del cabo de Palos.

La gente de la zona lo llama *El Carbonero* porque en sus bodegas se encontró mucho carbón, aunque no se sabe si se trataba de la carga del navío o solo estaba destinado a ser usado como combustible. También hay quien opina que entre el mineral se escondían armas y munición, cuyo destino podía ser cualquiera de los contendientes.

A pesar del apodo por el que se le conoce en la zona, tal como figuraba grabado en la campana, que se conservó en perfecto estado, el nombre del barco era *Thordisa*. De nada le sirvió invocar el espíritu de Thor, dios nórdico del trueno, cuya protección no fue suficiente para el barco.

El *Thordisa* se construyó en los astilleros de Cardiff en 1888 y sus primeros propietarios fueron Thomas Turnbull & Son. Pero cuando se hundió ya había cambiado de manos, de pabellón y de nombre.

En 1913 lo compró un italiano, Degrossi, que lo convirtió en el carguero *Lillia Dubild*, aunque quizá —todo alrededor de este barco es confuso— se llamaba *Lilla*. Habrá quien piense que ese fue el momento en el que empezó a hundirse, ya que la tradición dice que cambiarle el nombre a un barco acarrea mala suerte.

Parece ser que aquel 13 de octubre de 1917, un submarino alemán atacó al vapor *Doris*. Se cree que el *Lillia* fue a ayudarlo y lo alcanzaron los torpedos. También podría ser que el submarino alemán estuviera en la zona precisamente para deshacerse de cualquier navío enemigo. Sea como fuere, las 2.819 toneladas, los 289 pies de eslora, los 38 pies de manga y los 219 caballos de fuerza de su motor, se fueron a pique, con la parte central del navío prácticamente destrozada.

Así sigue, partido en dos por una zona cercana a la sala de máquinas, en la parte de popa. Y no obstante, aquellos que lo vieron en la década de 1980 afirman que estaba entero. Sin embargo, ahora, la herida que separa dos partes desiguales del barco es una avenida propicia para los submarinistas deportivos, que la recorren entre estrellas, esponjas, algas y peces, sobre todo, grandes congrios y peces luna.

El pecio está repleto de anzuelos, cabos y restos de redes, que han quedado enganchados en los hierros oxidados del carguero. También se ha ido deteriorando por las arremetidas violentas de las cargas de profundidad que los pescadores furtivos usan a menudo.

Pero nada de eso hace desistir a los submarinistas curiosos. El *Thordissa*, a pesar de la guerra, de la pesca furtiva y del paso del tiempo, sigue siendo útil; ahora no solo a los humanos sino también a los organismos marinos a los que sirve de soporte y cobijo.